

Escripta

UN EJEMPLO DE ABASTO URBANO
INTRARREGIONAL Y EXTRARREGIONAL.
LA CARNE DE RES EN MORELIA
A FINALES DEL SIGLO XIX

AN EXAMPLE OF INTRA-REGIONAL
AND EXTRA-REGIONAL URBAN SUPPLY.
BEEF IN MORELIA AT THE END
OF THE 19TH CENTURY

Adriana Ayala Martínez
orcid.org/0000-0002-5267-7203

Recepción: 2 de agosto de 2024
Aceptación: 22 de octubre de 2024

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

UN EJEMPLO DE ABASTO URBANO INTRARREGIONAL Y EXTRARREGIONAL. LA CARNE DE RES EN MORELIA A FINALES DEL SIGLO XIX¹

AN EXAMPLE OF INTRA-REGIONAL AND EXTRA-REGIONAL URBAN
SUPPLY. BEEF IN MORELIA AT THE END OF THE 19TH CENTURY

Adriana Ayala Martínez²

Resumen

Este trabajo examina el abasto de carne de res en la ciudad de Morelia durante las últimas décadas del siglo XIX. A partir del análisis de los registros diarios de introducción de ganado para sacrificio en el Rastro Municipal, se identifican las principales zonas de procedencia del ganado destinado al consumo urbano. Los datos confirman la relevancia de las unidades productivas locales en la provisión de reses, pero también destacan el papel crucial del abastecimiento extrarregional. En particular, se observa que una proporción significativa del ganado provenía de la región de Tierra Caliente, lo que evidencia una dinámica de integración tanto con el entorno inmediato como con regiones de distinta vocación productiva. El estudio subraya, así, la doble dimensión del abasto: la articulación entre el centro de consumo y su región circundante, y la conexión con espacios más alejados pero estratégicamente vinculados al mercado urbano.

Palabras clave: Morelia, Abasto urbano, Carne de res, Ganado bovino, Tierra Caliente.

¹ Este trabajo tiene su origen en la tesis de maestría *Del mercado a la mesa. Consumo de alimentos en Morelia durante el porfiriato*.

² Universidad de Guadalajara. Correo: adriana.ayala6591@alumnos.udg.mx

Abstract

This paper examines the supply of beef to the city of Morelia during the final decades of the nineteenth century. Based on an analysis of daily records of cattle introduced for slaughter at the Municipal Abattoir, it identifies the main areas of origin of the livestock destined for urban consumption. The data confirm the importance of nearby productive units in the provision of cattle but also highlight the crucial role of extraregional supply. In particular, a significant proportion of the livestock originated from the Tierra Caliente region, revealing a dynamic of integration both with the immediate surroundings and with regions of different productive vocations. The study thus underscores the dual dimension of meat supply: the linkage between the consumption centre and its surrounding region, and the connection with more distant areas that were strategically linked to the urban market.

Keywords: Morelia, Urban supply, Beef, Cattle, Tierra Caliente.

Introducción

Ninguna ciudad es capaz de subsistir por sí misma ni de permanecer aislada de interacciones, todas ocupan un lugar dentro de espacios regionales, además de que organizan relaciones de diversos tipos con espacios más amplios. La localización y las relaciones que la ciudad entabla con dichos espacios son especialmente importantes cuando se aborda un aspecto fundamental de su funcionamiento como es el abasto. Este puede ser entendido simplísimamente como la provisión de los artículos que necesita un pueblo para su sustento (Escriche, 1861, p. 13), pero no puede perderse de vista que se trata de un fenómeno complejo que se va eslabonando en el tránsito de los productos desde el productor hasta el consumidor.

La provisión de alimentos como la carne es posible gracias a un largo proceso que va desde la cría del ganado hasta la llegada del producto a las carnicerías en donde queda a disposición de los consumidores. Este proceso puede desarrollarse a lo largo de enormes distancias o en espacios reducidos, lo que depende de la ubicación de los espacios productores en relación con los

centros de consumo. Los estudios sobre este fenómeno han tenido fuerte interés en el periodo colonial (Ward, 2009; Van Young, 1989; Olveda, 2000, Quiroz, 2005), aunque también se han extendido al siglo XIX (Moncada, 2013; Silva, 1994) y han alcanzado al siglo XX (Lopes, 2011; Martínez, 2017). Varios de ellos se centran en productos específicos, entre los cuales la carne ha tenido un papel preponderante, y la mayoría destaca los vínculos entre los espacios productores y los centros de consumo.

Lo que este texto aborda son, precisamente, los vínculos entre las diferentes escalas espaciales que se articulaban para cubrir la demanda urbana de carne de res en Morelia a finales del siglo XIX. Para ello se analizan los lugares de procedencia del ganado bovino que ingresaba para matanza al Rastro Municipal y que podían incluir tanto la propia ciudad y su región circundante como espacios mucho más alejados, aunque no tanto como en el caso de otros productos.

Si se aborda de manera general, el abasto de Morelia durante las últimas décadas del siglo XIX, y también, se trata de ver el origen de los productos alimenticios disponibles, se verá que estos procedían de sitios diversos, ya que dentro de la propia ciudad se producían alimentos como frutas y legumbres. El esquema rancharo-hacendario, tanto inmediato como cercano, fungía como proveedor de granos, cereales y ganado, mientras que otras regiones del estado, como la Tierra Caliente, abastecían una amplia variedad de frutas. Esta última era también una región tradicionalmente proveedora de ganado mayor, pues, en aquella zona se localizaban algunas de las haciendas con mayor producción ganadera gracias a la existencia amplios terrenos, propicios para el desarrollo de esa actividad a gran escala. También llegaban numerosos productos nacionales, facilitados por los vínculos con las grandes ciudades del país y otros centros productores o distribuidores. Además, eran frecuentes las mercancías internacionales, especialmente en el ámbito de los abarrotes.

Morelia se constituía primordialmente como un centro de consumo, pero también se consolidó como punto de tránsito de los productos del interior del estado, que se llevaban hacia otras entidades del país e incluso hacia el extranjero, al mismo tiempo que funcionaba como un centro urbano distribuidor de mercancías para otras poblaciones michoacanas. (Ayala, 2020, pp. 70-84).

En ese sentido y con la intención de visualizar las particularidades e intensidades que se producen en los vínculos entre la ciudad y sus espacios de abastecimiento, la elección de un producto específico como la carne de res responde, entre otros, a dos factores fundamentales: por un lado, la importancia de su consumo entre los habitantes urbanos y, por otro, la disponibilidad de fuentes para detectar el origen del ganado y la magnitud de los ingresos a la ciudad. Desafortunadamente, la elección de un solo producto limitará las escalas espaciales a abordar, pues prácticamente todo el ganado mayor que se ha contabilizado procede de diversas zonas del estado, razón por la cual se limita a la escala urbana, intrarregional y extrarregional.

Con base en los registros del ganado ingresado para la matanza al Rastro Municipal de Morelia, se identificó el lugar de origen de los animales sacrificados. Esto permite tener una imagen general del abasto de carne de res para el consumo de los habitantes urbanos y, en consecuencia, hace posible visualizar los espacios específicos que proveían el ganado y en qué medida lo hacían. Con ello también es posible percibir cómo una ciudad, caracterizada por ser un centro de consumo y redistribución de bienes, configura una red de abastecimiento en la que su propio espacio regional juega un papel fundamental, pero aún más importante, en términos de volumen de aprovisionamiento, resulta su relación con otras regiones.

Con la intención de alcanzar un mayor grado de detalle se analiza a profundidad el año de 1892, del cual se tiene información completa. Este registro también ofrece datos respecto a las personas encargadas de introducir al ganado, de manera que al hacer el seguimiento de algunas de ellas también es posible notar si sus negociaciones se restringen a alguna escala espacial o si trascienden a escalas más amplias. Del mismo modo, al seguir la progresión de los ingresos de ganado se pueden ver las variaciones estacionales del aprovisionamiento de cada zona y tener mejores datos sobre las particularidades que el abasto de carne de res ofrece en términos de vinculación intrarregional e interregional.

Morelia como espacio consumidor

Desde el periodo colonial, Valladolid³ se consolidó como una ciudad dominada por el sector terciario. La localización de esta ciudad «parasitaria» (Morín, 1979, p. 80), en la que el dominio de actividades comerciales y de carácter administrativo y religioso marcó su vocación como centro de consumo, favoreció el desarrollo de haciendas dedicadas a las actividades agrícolas y ganaderas en los valles cercanos, además de que su cercanía a la Sierra y la Tierra Caliente resultó positiva para el tránsito comercial, el ánimo del mercado local y la satisfacción de la demanda interna (Rivera, 1985, p. 439; Cortés, 1999, p. 127).

En cuanto a población, la ciudad de Valladolid-Morelia experimentó, en lo general, un crecimiento constante, pero moderado. Para inicios del siglo XIX, de acuerdo con Morin (1979), la población habría rondado los 18,000 habitantes en 1803 (p. 74); sin embargo, la primera mitad del siglo ofrece cifras poco confiables respecto a la población de la ciudad y es hacia finales del siglo XIX cuando la información relacionada con la población es más confiable. Los datos disponibles nos permiten mostrar que durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, la población de Morelia tuvo un crecimiento de población persistente. A continuación, se presentan los datos de la población de la ciudad, basados en los censos oficiales estatales (1882 y 1899) y los realizados por la Dirección General de Estadística (1895, 1900 y 1910). Los números correspondientes se detallan en la Tabla 1.

Año	1803	1882	1889	1895	1900	1910
Población	18 000	23 835	26 966	33 890	37 278	40 042

Nota. Elaboración propia con base en Morin (1979, p. 74); Memoria (1882, s/p); Memoria (1889, s/p); Censo General (1899, p. [número de página]); Censo General (1905, p. 30); y División territorial (1917, p. 59).

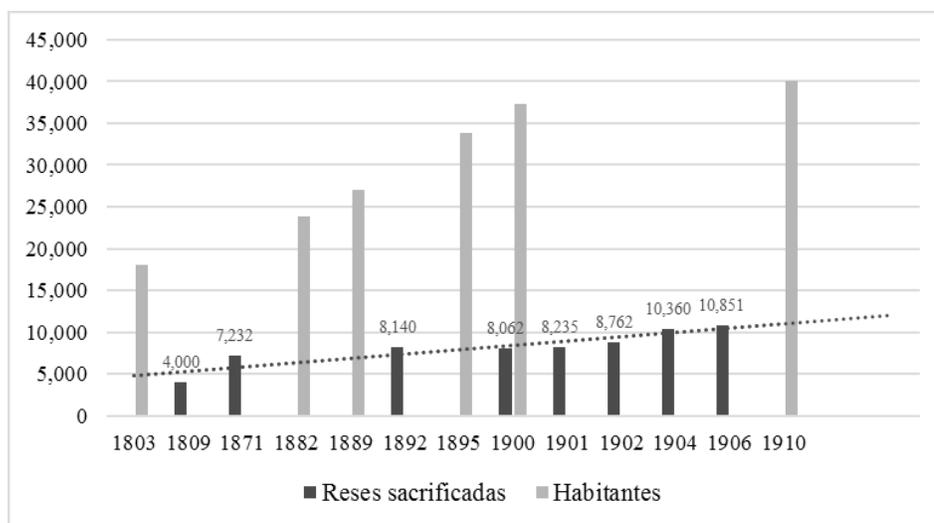
De acuerdo con los datos anteriores, en casi ocho décadas la población habría aumentado en menos de 6000 habitantes, mientras que, en menos de

³ El nombre Morelia fue adoptado en 1828.

treinta años, de 1882 a 1910, habría tenido un crecimiento superior a 16 000 habitantes, lo que significaría pasar de una tasa de crecimiento anual de 0.35% (1803-1882) a una de 1.87% (1882-1910). En líneas generales, se trató de un incremento poblacional importante, aunque moderado, que implicó un aumento en la demanda de toda clase de alimentos, entre ellos la carne, la cual se contaba entre los de mayor consumo.

En lo que respecta a los productos cárnicos, de acuerdo con Morin, para 1809, el abastecimiento de Valladolid exigía la matanza de 4000 reses y el doble de carneros, que llegaban de la Tierra Caliente durante la estación de secas (1979, p. 143). Para la última década del siglo, la matanza de reses ascendía a más de 8000 cabezas en el Rastro Municipal, es decir, el número de sacrificios requeridos se había duplicado, lo que en términos generales también había ocurrido con la población. Para las últimas tres décadas del siglo XIX se han localizado algunos de los registros del Rastro Municipal con las cifras de matanza anual que se muestran en la gráfica 1.

Gráfica 1. Población y reses sacrificadas en Valladolid- Morelia



Nota. Elaboración propia con base en Morin (1979, pp. 74, 143); *Memoria* (1882, s/p); *Memoria* (1889, s/p); *Censo General* (1899, p. [número de página]); *Censo General* (1905, p. 30); *División territorial* (1917, p. 59). Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), *Libro número 202, Abasto* (1870-1871); *Libro número 204, Abasto* (1871); *Libro número 245, Abasto de ganado mayor y menor* (1891-1894); Fondo Independiente II, caja 5, legajo 1, expediente 19 (1900); caja 12, legajo 1, expediente 35 (1902); caja 2A, expediente 34 (1901); caja 15, legajo 1, expediente 29 (1903); caja 16, legajo 3, expediente 22 (1904); caja 19, legajo 1, expediente 42 (1906).

Aunque con los datos de los que disponemos difícilmente podríamos hacer un cálculo de consumo per cápita o alguno semejante, queda claro que tanto el número de reses sacrificadas como el de habitantes en la ciudad muestran una tendencia de crecimiento que no parece desfasada. En esencia, la creciente demanda de reses que pudo haber experimentado la ciudad en el siglo XIX y principios del XX fue satisfecha, si no en los mismos niveles, al menos no con un descenso dramático, lo cual se debió a la existencia y articulación de diferentes escalas espaciales capaces de proveer a la ciudad del ganado necesario que habían operado desde hacía más de un siglo.

La introducción del ganado bovino

Hasta principios del siglo XIX, el abastecimiento de carne estaba regulado por los Ayuntamientos, que buscaban garantizar el suministro de carne de rastro mediante remates públicos, en los cuales se cedía a particulares el derecho y la obligación de asegurar el abasto. Este mecanismo significó una suerte de garantía tanto para la población, que veía asegurada la disponibilidad del producto, como para la autoridad pública, que tenía que establecer los contratos, proveer los espacios para el sacrificio, fijar los precios y velar por el buen funcionamiento de los puntos de venta (Quiroz, 2005, pp. 49-53). Esta forma de abasto también redituaba en ganancias importantes para los particulares contratados («obligados»), que no en pocas ocasiones resultaban ser prominentes ganaderos o comerciantes (Morin, 1979, p. 159; Soria, 2017, p. 124).

Para finales del siglo XVIII, una de las formas de introducción de ganado a la ciudad de Valladolid era efectuada de manera menuda y cotidiana por un numeroso grupo de pequeños comerciantes, lo cual resulta un indicio tanto de la dispersión de criadores e introductores como de la existencia cercana a la ciudad de una serie de unidades productivas capaces de proveer carne a la ciudad (Silva, 2017, p. 68). Pero en muchos casos los pequeños ganaderos no eran los contratados por el Ayuntamiento, sino que estos se veían obligados a vender sus animales a algún rico ganadero o comerciante que sí fungía como abastecedor obligado (Morin, 1979, p.159). Para aquel siglo ya

era particularmente importante el ganado mayor de las zonas cálidas del sur del obispado de Michoacán y la Ciénega, regiones que se han caracterizado por ser importantes productoras de ganado bovino. A lo largo del siglo XVIII, Valladolid fue abastecida también por haciendas intermedias como Coapa, una unidad receptora de ganado de las zonas referidas e incluso áreas próximas de Nueva Galicia (Soria, 2017, pp. 97, 123).

La existencia de haciendas intermedias y su proximidad con zonas ganaderas fueron factores que facilitaron el abasto de carne en Valladolid, especialmente si se le compara con ciudades para las cuales los canales de circulación podían ser mucho más extensos y complejos. Por ejemplo, la capital novohispana sostenía su comercio cárnico en un flujo de ganado de largas distancias que recorría al menos tres vertientes: una noroccidental desde Sinaloa y Sonora, que pasaba por los actuales estados de Nayarit y Jalisco hasta el sur del Bajío, atravesaba Michoacán y llegaba al valle de Toluca para luego alcanzar la ciudad de México; otra que corría por los territorios de Coahuila, Durango y Monterrey, para dirigirse hacia Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, cubrir el área del Bajío y llegar al Valle de México, y finalmente una menos trascendente que iba desde lo que hoy es el estado de Veracruz, pasaba por el de Puebla y llegaba a la capital (Quiroz, 2002, p. 91). Otro ejemplo es Antequera de Oaxaca, que completaba los ingresos de los circuitos regionales con ganado de más allá de la provincia, especialmente de haciendas ubicadas en intendencias como Guadalajara, Valladolid y México, así como del reino de Guatemala (Arrijoja, Sánchez y Sánchez, 2017, p. 218). La localización de Valladolid en relación con los espacios productores de ganado le confirió una ventaja para cubrir la demanda urbana de carne que se prolongaría al siglo siguiente.

Para inicios del XIX, la revolución política construida sobre los ideales liberales reemplazó el paternalismo estatal con un nuevo mercado desregulado que marcó una nueva fase en el abasto de alimentos básicos, como ha estudiado Gisela Moncada (2013) para el caso de la Ciudad de México. Bajo esta nueva dinámica, los Ayuntamientos perdieron autoridad y el ingreso de ganado para carne a las ciudades fue más un tema de particulares, aunque los Ayuntamientos conservaron una labor de vigilancia que incluía diferentes

actividades. Por ejemplo, el Ayuntamiento moreliano, a través del ramo de Carnes, vigilaba todo lo relacionado con la introducción y venta de ganado y carne en la capital michoacana, y emitía los reglamentos del ramo. Así, aunque cambió el nivel de intervención de los gobiernos locales, es notorio que también hubo permanencias, especialmente porque se mantuvieron los circuitos de comercio ganadero coloniales.

Como en el siglo anterior, para el XIX el ganado ingresado a la capital michoacana para el sacrificio procedía principalmente del interior del estado, particularmente las zonas cálidas. Los registros de los animales introducidos diariamente al Rastro nos ofrecen datos interesantes. En principio, es importante precisar que los libros existentes con esta información corresponden a unos pocos años: los primeros de la década de 1870 y algunos más de la de 1890, pero su análisis permite ver una tendencia que permanece, y es que entre el 50 y el 62% de los ingresos anuales de ganado mayor procedía de la región de la Tierra Caliente, de donde las extracciones de ganado seguían siendo abundantes, incluso para otros mercados como la Ciudad de México y Toluca (Importancia..., 1878, pp. 2-3 y Esponda, 1888, p. 55). De hecho, para las últimas tres décadas del siglo, Michoacán, igual que otros estados del país como Chihuahua y Jalisco, conformó una zona productora especializada en la cría de ganado vacuno para exportación, lo que se dio a la par de un aumento en el número de ganado en toda la república y una mejora en la calidad de los rebaños y en las técnicas de crianza (Lopes, 2019, pp. 101, 104).

En Michoacán, la cría de ganado vacuno era especialmente prolífica en las unidades productivas de los distritos de Jiquilpan, Zamora, Uruapan, Maravatío, Zitácuaro, Huetamo, Ario, Apatzingán y Tacámbaro (Ochoa, A. y Sánchez, G., 2011, p. 139). Sin embargo, el abastecimiento de la capital michoacana recaía de manera mayoritaria en las haciendas de los últimos cuatro. Al analizar el «Catálogo que manifiesta la ganadería del estado de Michoacán de Ocampo» publicado como anexo a la *Memoria de Gobierno* de 1892, encontramos que algunas de las haciendas de los distritos de Apatzingán, Ario y Huetamo estaban entre las que contaban con un número más elevado de cabezas de ganado mayor en el estado, además de que los registros notariales de Morelia

dan cuenta de las constantes compras de ganado mayor en las haciendas de la Tierra Caliente, especialmente de La Huacana, en el distrito de Ario.⁴

En lo general, se trataba de una región con amplias extensiones de terreno propicio para la cría de ganado y la actividad agrícola, que permitieron, sumadas al comercio, la prosperidad de ciertos grupos de poder regional. Si bien era una zona proveedora de ganado desde la Colonia, para las últimas décadas del siglo XIX, algunos ranchos y haciendas se especializaron en producir ganado de engorda que las más de las veces tenía como destino el mercado de México. La extensión de muchos de estos ranchos alcanzaba las miles de hectáreas y estas albergaban a medieros o arrendatarios, así como a encargados de cuidar los rebaños de bovinos. El sistema bajo el cual se manejaba el ganado buscaba garantizar que los animales se mantuvieran exclusivamente con los forrajes del rancho o hacienda mediante la rotación de los hatos en los pastizales, por lo que la efectividad del sistema descansaba en la concentración de grandes superficies (Torres, 2011, pp. 87-117; Léonard, 1995, p. 66).

Este sistema repercutía en las variaciones estacionales que experimentaba la salida de ganado de aquella región y, en consecuencia, también influía en la dinámica del resto de espacios abastecedores. Durante los meses en los que menos ganado llegaba de la Tierra Caliente a la capital michoacana, los sacrificios en el Rastro se hacían con ganado procedente de las haciendas y ranchos cercanos. Entre los que más cabezas aportaban destacan, con sus variaciones, las haciendas de El Calvario, El Colegio, Guadalupe y San José, del valle de Tarímbaro, y algunas de las ubicadas dentro del municipio de Morelia como La Huerta, Quinceo, Irapeo, La Soledad, Atapaneo, Coapa, El Rincón, Tirio y, en menor medida, La Goleta. Los ingresos se completaban con algunas cabezas procedentes de sitios cercanos como Jesús del Monte, Santa María, Cointzio y Quiroga, mientras que en ocasiones eran traídos algunos animales del distrito de Zinapécuaro, especialmente de Zinzimeo, o de sitios como Copándaro y

⁴ Estas adquisiciones eran de entre 300 y 800 cabezas de ganado. Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo de Mariano Laris Contreras, Morelia, 22 de enero de 1896, escritura 14, f. 18. Protocolo de Manuel Ibarrola, Morelia, 19 de marzo de 1896, escritura 16, f. 22. Protocolo de Mariano Laris Contreras, Morelia, 7 de junio 1897, escritura 71, f. 95. Protocolo Mariano Laris Contreras, Morelia, 13 de julio de 1897, escritura 89, f. 121.

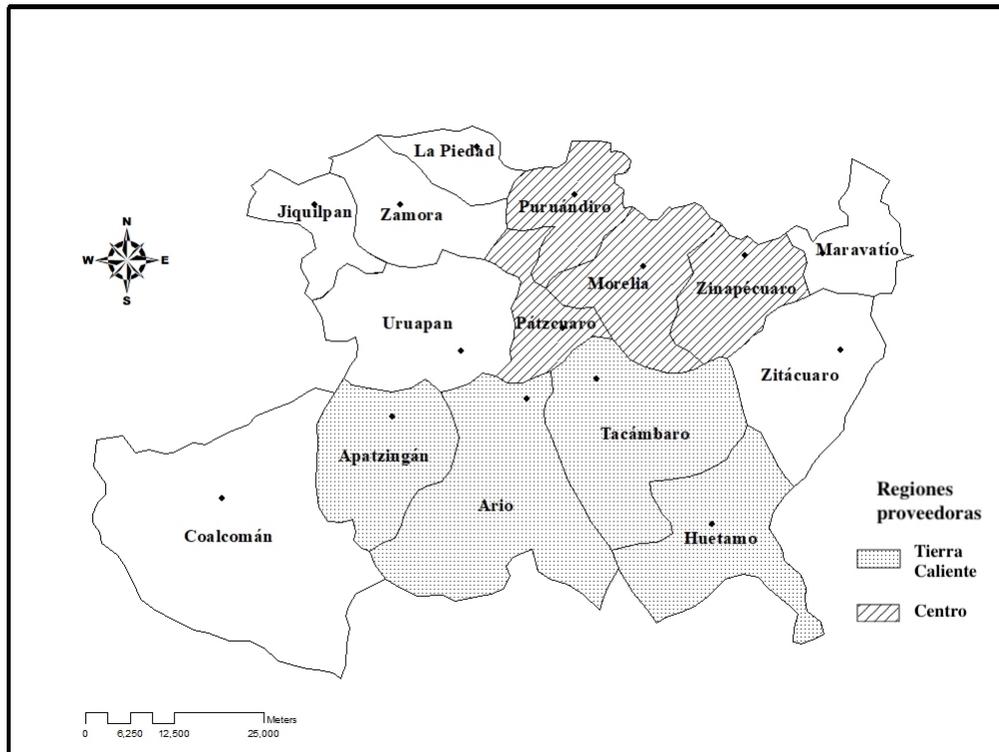
Zipimeo, en los distritos de Puruándiro y Pátzcuaro, respectivamente.⁵ Otros sitios relativamente cercanos también aportaban algunas cabezas, pero lo hacían esporádicamente y en una medida muy moderada.

El ganado procedía entonces de la Tierra Caliente y el propio distrito de Morelia, y en menor medida de los de Pátzcuaro, Puruándiro y Zinapécuaro. Parece ser que quienes se dedicaban a la introducción de ganado a la capital debían buscar dónde conseguirlo para llevarlo a la ciudad y sacrificarlo en el Rastro Municipal, de manera que en ocasiones conseguían algunas cabezas en poblaciones cuya vocación no era precisamente la ganadería.

De los quince distritos que formaban parte de Michoacán para las últimas décadas del siglo XIX (cada uno dividido en municipios), Morelia recibía reses de ocho, aunque con variaciones muy claras y de dos regiones particularmente. Se puede considerar que el estado de Michoacán se divide en cuatro zonas, la del norte, que comprende la Ciénega de Chapala y el Bajío; la del centro, ubicada en el altiplano; la de Tierra Caliente, correspondiente a la llamada depresión del Balsas, y finalmente la del sur (Ochoa, A. y Sánchez, G., 2011, p. 11); aunque es común el uso diferentes regionalizaciones para el estado, este planteamiento es funcional para nuestros intereses. Si tratamos de ajustar la división política de finales del siglo XIX a estas zonas, se puede considerar que la Tierra Caliente abarcaría esencialmente la mayor parte de los distritos de Apatzingán, Ario, Tacámbaro y Huetamo, por lo que de estos distritos procedería la mayor parte del ganado destinado para el abasto de la ciudad de Morelia. En tanto que la otra área de la que ingresaba ganado a la capital estatal está conformada esencialmente por el distrito de Morelia, aunque eventualmente los animales llegaban del de Pátzcuaro y Puruándiro, y esporádicamente del de Zinapécuaro, los cuales pueden contemplarse dentro de la zona centro. El resto de los espacios no aparecieron registrados como lugar de origen de los animales destinados para la matanza en el Rastro Municipal de los años consultados en general y de 1892 en particular.

⁵ Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), Libro número 208, *Ganado*, año 1871; Libro número 245, *Abasto de ganado mayor y menor*, años 1891-1894.

Mapa 1. Distritos proveedores de reses. Morelia fines del siglo XIX



Nota. Elaboración propia con base en *División territorial de Michoacán, 1890* (Vargas, 2006) y en la información consignada en el texto.

El abasto en 1892

Para profundizar sobre los aspectos referidos hasta aquí respecto a la introducción del ganado bovino, se toma en cuenta la información relativa a la matanza diaria de ganado bovino durante el año 1892. La elección de ese año responde, por un lado, a que es uno de los pocos años para los cuales se cuenta con información completa y, por otro, a que su información será representativa de la dinámica del abasto del periodo, ya que en esencia los patrones se mantienen en el tiempo. Adicionalmente, se trata de un año en el que la existencia de otras fuentes, como es caso del «Catálogo que manifiesta la ganadería del estado de

Michoacán», pueden aportar información complementaria sobre los espacios productivos y sus ubicaciones en los diferentes municipios y distritos.

Es importante señalar que en el periodo 1891-1892 Michoacán vivió una crisis agrícola importante, influida por fenómenos meteorológicos, que causó estragos en las producciones agrícolas en diferentes zonas del estado (Sánchez, 1989, pp. 251-252); en el distrito de Morelia resultó especialmente notorio que durante esos años descendió la producción de maíz y frijol, productos que, en consecuencia, aumentaron sus precios en la capital del estado, lo que curiosamente no ocurrió en el caso de la carne de res (Ayala, 2020, pp. 56, 177-179). Esto indicaría una resistencia en los precios de la carne que no tenían otros productos agrícolas y que posiblemente se relacione tanto con la gran cantidad de introductores de ganado dispuestos a vender su producto en un cierto nivel de precio como a las existencias de ganado. Lo anterior no resulta nuevo, ya desde el siglo XVIII, como ha mostrado Soria, los valores para la carne de res daban muestra de estabilidad en la ciudad, incluso en periodos llamados de crisis debido al alza de precios del ganado en las zonas de crianza y cuando en otros centros de consumo presentaban valores más elevados; esto respondería en parte a la estrecha vinculación de la ciudad con los espacios productores del trópico michoacano (2017, pp. 115, 123).

Para comprender con mayor claridad el proceso de abasto de ganado bovino al Rastro durante este año representativo, es necesario analizar su procedencia, las variaciones a lo largo del año, así como identificar a los introductores y la magnitud de su participación.

El origen del ganado

En principio, respecto al origen del ganado se debe especificar que la información disponible en los registros consultados tiene ciertas características muy específicas. Por ejemplo, en la mayoría de los casos los lugares de origen localizados en los distritos de Pátzcuaro, Puruándiro, Zinapécuaro y Morelia, las denominaciones son específicas, es decir, aparece el nombre de la hacienda, el pueblo o el rancho de procedencia, lo que no ocurre con los animales

procedentes de los distritos de las tierras cálidas (como Apatzingán, Ario y Tacámbaro), ya que, en estos casos, el lugar de origen aparece únicamente bajo la denominación Tierra Caliente. Esto tiene ventajas y desventajas, lo primero porque desde el inicio nos ofrece una visión de la región en su conjunto, y lo segundo porque nos impide hacer un análisis más detallado de los espacios proveedores. Esto último, sin embargo, sí es posible en el caso de los espacios que no corresponden a la Tierra Caliente, lo que permite tanto incorporar una visión regional de conjunto como desagregar en espacios más reducidos.

Los datos para 1892 indican que en total ingresaron al Rastro Municipal de Morelia 8140 cabezas de ganado mayor; de estas, 124 no registraron el lugar de origen, lo que corresponde al 1.5 %, mientras que 5,092, es decir el 62.6 %, registraron como lugar de procedencia la Tierra Caliente. El otro 35.9 %, correspondiente a 2924 reses, registró un lugar de origen distinto a la Tierra Caliente; al profundizar en la procedencia de estas 2924 cabezas se encontró que el lugar de origen de algunas de ellas (específicamente La Mora, Ario, Las Balsas, Oropeo, Zicuirán, Carácuaro, El Limón y Hacienda de Canario) también se localizaba en los distritos de Apatzingán, Ario y Tacámbaro, por lo cual también corresponderían a la mencionada Tierra Caliente. En razón de lo anterior, las 74 cabezas originarias de los espacios anteriores se suman a las provenientes de esa zona, de manera que se toman como originarios de dicho espacio 5166 animales.

No fue posible precisar la ubicación de algunos de los lugares registrados, por lo que se desconoce el municipio y distrito de origen de 41 cabezas, lo cual se debe tanto a la existencia de numerosos poblados con el mismo nombre por diversos rumbos del estado como a la imposibilidad de encontrarlos bajo la denominación registrada; aunque se debe precisar que se trata de sitios que aparecen con un número limitado de animales, las más de las veces solo uno, el total de cabezas de ganado cuyo origen no se identificó asciende a 41, que se suman a las 124 que no registraron el lugar de origen, por lo que se desconoce la procedencia de 165, es decir, del 2 % del total registrado.

Además de la Tierra Caliente, los lugares de origen registrados se ha localizado dentro de los distritos de Morelia, Pátzcuaro, Puruándiro, Zinapécuaro, que pueden considerarse como parte de la región centro, cuyo principal centro

urbano es la capital estatal. Entre estos es muy notorio que el distrito Morelia (conformado por los municipios de Acuitzio, Cuitzeo, Chucándiro, Morelia, Quiroga, Tarímbaro y Santa Ana Maya) es del que procedía la mayor cantidad de animales sacrificados en el año analizado, seguido de lejos por los de Puruándiro, Pátzcuaro y finalmente Zinapécuaro, como se puede observar en la tabla 2.

Tabla 2. Origen del ganado ingresado al rastro de Morelia 1892				
Distrito	Municipio	Cabezas		Porcentaje
Tierra Caliente		5166	5166	63.5
Pátzcuaro	Zacapu	354	354	4.4
Puruándiro	Coeneo	17	435	5.3
	Huaniqueo	67		
	Puruándiro	351		
Zinapécuaro	Indaparapeo	118	155	1.9
	Taximaroa	3		
	Zinapécuaro	34		
Morelia	Acuitzio	320	1,865	22.9
	Chucándiro	14		
	Cuitzeo	19		
	Morelia	1065		
	Tarímbaro	447		
Se desconoce		165	165	2
Total		8140	8140	100

Nota. Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), Libro número 245, Abasto de ganado mayor y menor, años 1891-1894.

El cuadro anterior evidencia que la Tierra Caliente era la gran proveedora del ganado mayor que se consumía en Morelia, mientras que los otros distritos aportaban una parte menor. La primera habría proveído el 63.5% del total anual y, en conjunto, los distritos del centro habrían aportado el 34.5% de los animales registrados. Lo que esto indica es que, efectivamente, existía una serie de unidades productivas localizadas cerca de la ciudad capaces de proveer carne a la población urbana, pero que esta capacidad, al menos para las últimas décadas del siglo XIX, era marcadamente insuficiente para satisfacer la demanda. Sin embargo, la vocación productiva de la Tierra Caliente,

hacia las actividades agropecuarias en general y la ganadera en particular, fue especialmente importante en el abasto cárnico de la capital del estado y de otras ciudades del país.

Dado que en el caso de la Tierra Caliente no es posible precisar con mayor detalle los lugares de procedencia, se optó por considerar la región en su conjunto. En cambio, para el resto de los sitios, el registro disponible permite identificar el origen de manera más específica, por lo que la información se desagrega a nivel municipal. Los datos presentados en la Tabla 2 muestran que el municipio de Morelia fue el principal proveedor de cabezas de ganado mayor para el consumo urbano, seguido por Tarímbaro, y en menor medida por Zacapu, Puruándiro y Acuitzio. Lo que resulta más llamativo en este punto es la dinámica interna de cada uno de los municipios y la variación respecto a los espacios productivos que aportan animales dentro de estos.

En el municipio de Morelia, cuya cabecera es la capital estatal, se identificaron al menos 40 localidades —entre haciendas, ranchos y pueblos— como origen del ganado. De estos sitios, solo dos superaron las 100 cabezas: las haciendas de El Rincón e Itzícuaró, con 101 cada una. En contraste, más de una tercera parte de los lugares registrados aportaron menos de diez animales. En el caso de Tarímbaro, fueron catorce los sitios registrados como origen del ganado, de los cuales dos aportaron más de 100 cabezas; que fueron las haciendas El Calvario y El Colegio, con 125 y 112 respectivamente, y la mitad de los espacios contribuyó con menos de diez animales en el año. Para el caso de Zacapu, solo se identificaron tres sitios de procedencia, pero de esos tres uno aportó 345 de las 354 cabezas; se trata de la hacienda de Zipimeo.

Es importante referir que la propia ciudad, considerada en sus límites naturales, también quedó registrada como lugar de origen de algunas cabezas, solo 19, pero el hecho de que quedasen registradas de esa manera es muestra de que también al interior del área urbana se daba con regularidad la cría de ganado mayor. Aunque era usual que se tratara de vacas de ordeña que con regularidad entraban y salían por las garitas de la ciudad,⁶ también podían darse algunos casos en los que los animales fuesen llevados al rastro para el sacrificio.

⁶ Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), Fondo Independiente I, Morelia, 1 de octubre de 1883, caja 89, expediente 11.

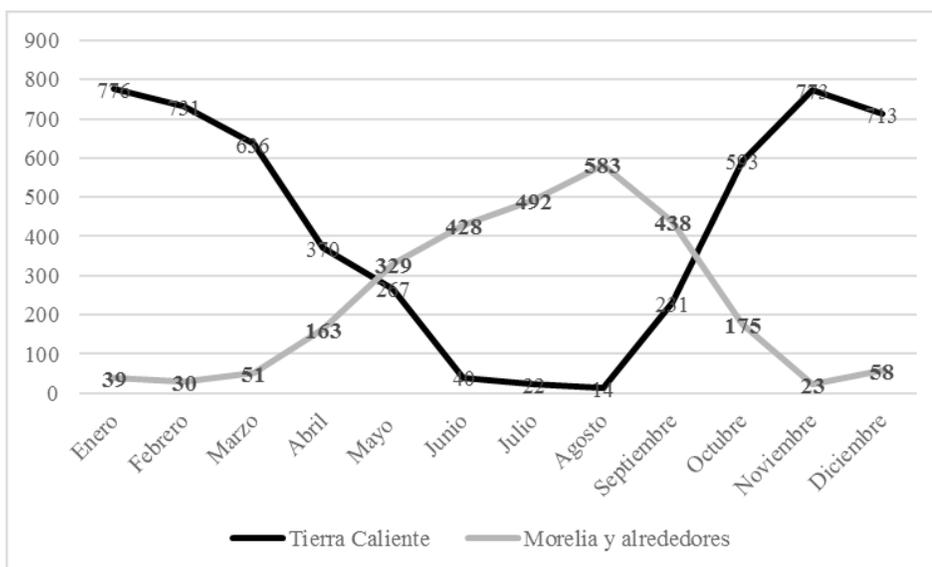
Lo anterior es indicio de que esa amplia existencia de unidades productivas en las zonas más cercanas a la ciudad, a la que ya se ha aludido, era efectivamente una importante fuente de ganado para matanza, pero, la mayoría de estos espacios no pueden considerarse unidades dedicadas a la cría extensiva de bovinos, sino sitios en los que esta actividad permitía el envío, en ocasiones frecuente y en otras esporádico, de algunas cabezas de ganado. Por el contrario, en los espacios más alejados, que si bien no estaban exentos de los envíos eventuales o excepcionales, lo común era que las introducciones se realizaran a partir de unidades productivas de amplia producción ganadera, como en el caso de la Tierra Caliente, donde operaban algunas de las haciendas más prósperas; sin embargo, estas no podían proveer el ganado para el Rastro moreliano de manera ininterrumpida, ya que estaban condicionadas por factores como las variaciones estacionales y los temporales.

Variación estacional

Como ya se ha anotado, el origen del ganado introducido al Rastro Municipal moreliano variaba a lo largo del año. La revisión de los registros disponibles para algunos años ya nos dejó ver que los meses finales e iniciales del año son los que denotaban mayor presencia de ganado terracalienteño, en tanto que, el ganado de Morelia y sus alrededores alcanzaba su nivel más alto durante el verano. Específicamente, en el año 1892, esa tendencia puede observarse con mayor detalle en la Gráfica 2, que muestra la variación de los ingresos por meses.

Como se ve, el año comenzaba con una matanza de ganado procedente casi en su totalidad de la Tierra Caliente, mientras que las escasas cabezas que llegaron de Morelia y sus alrededores eran principalmente de la hacienda de El Colegio, Irapeo y Jesús del Monte. El periodo de descenso de animales terracalienteños comenzaba en marzo y continuaba al menos hasta junio, meses en que espacios cercanos como Atécuaro, El Cuitzillo o El Calvario, situados en los municipios de Acuitzio y Tarímbaro, cobraban mayor importancia. Entre junio y agosto, la Tierra Caliente mantenía sus niveles más bajos e incluso transcurrían semanas sin que algún animal arribara al rastro de esa región;

Gráfica 2. Procedencia del ganado ingresado al rastro de Morelia, 1892



Nota. Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), Libro número 245, Abasto de ganado mayor y menor, años 1891-1894.

en tanto que El Calvario y El Colegio eran de las haciendas cercanas con una provisión más constante. De agosto y hasta noviembre, los animales de las zonas cálidas iban en aumento, al tiempo que las de Morelia y sus alrededores descendían; así, noviembre era el mes en que las primeras alcanzaban su punto más alto y las segundas su nivel bajo.

Lo anterior se relaciona con el régimen de lluvias que había marcado la dinámica de los movimientos de ganado desde el periodo colonial. Si bien los desequilibrios en los ciclos pluviales no eran raros, la constante era que después de la temporada de lluvias, cuando presuntamente el ganado estaba más gordo y fuerte, los hatos tenían las condiciones necesarias para soportar los largos trayectos desde los sitios de origen hasta los de destino, además de que el traslado era menos complejo por la disponibilidad de agua y pastos para la alimentación, lo que permitía que, una vez llegados a su destino, estos fuesen bien pagados (Serrera, 1991, pp. 62-73; Soria, 2017, pp. 92-93).

El factor climático podía resultar determinante, especialmente si se consideran los largos trayectos que recorrían los hatos antes de llegar a los centros

de consumo. En el caso de Guadalajara, Van Young (1989, p. 60) advirtió que una temporada de sequía particularmente severa podía provocar la muerte de numerosas reses, lo que reducía significativamente la disponibilidad de animales para el abasto urbano. En el caso de la Ciudad de México, Quiroz estudió cómo, pese a que la influencia estacional podía ser relativizada gracias a la diversidad de carnes que complementaban el abasto, los registros de carnicerías para la segunda mitad del siglo XVIII dejaban ver que, en años normales, el inicio de la temporada de lluvias marcaba el comienzo de un incremento en el consumo de carne de res que se mantenía hasta octubre, mientras que diciembre, enero, febrero y marzo eran los que significaban un menor consumo de carne de res (Quiroz, 2005, pp. 62-63).

Este último es un caso significativo porque representa una tendencia inversa a la de Morelia, pues mientras esta presenta el mayor número de sacrificios de reses entre los meses de otoño e invierno, en la Ciudad de México este último correspondía a los meses de menor consumo. Por otro lado, una dinámica similar a la de Morelia a finales del siglo XIX es la que Martínez encuentra para Aguascalientes a mediados del siglo XX; concordamos con el autor al atribuir las diferencias en la dinámica a las distintas alternativas derivadas de los juegos del comercio, de las distancias y de las capacidades para movilizar el ganado (Martínez, 2017b, p. 358).

En el caso de la capital michoacana, el ganado terracalenteño era el que marcaba el patrón general de descenso a partir de marzo, pero no era el único, las cabezas de ganado introducidas desde el distrito de Puruándiro fueron ingresadas al Rastro únicamente a partir de finales de julio y durante agosto y septiembre; este sitio de origen es, entre los que se han contemplado de la zona centro, el que podría considerarse más lejano. Lo anterior es indicio de al menos dos cosas: primero, que entre más lejano fuese el lugar de origen del ganado, más cuidado se debía tener con el momento de los traslados para evitar que el desgaste físico de los animales redujera en un mal negocio para los introductores, y por otro, que el ganado criado en las zonas más próximas a la ciudad podía resistir los traslados en cualquier época del año, pero solía reservarse para los momentos en que escaseaba el llevado de la Tierra Caliente. En todo ello también juegan un papel importante los introductores de ganado

y cómo, a partir de sus negociaciones, terminaron por consolidar los vínculos entre los diferentes espacios.

Volúmenes e introductores

Como se ha visto, el abasto de ganado mayor para el consumo de la ciudad mantuvo algunas de las características que había tenido desde el periodo colonial. Por ejemplo, para finales del siglo XVIII, la introducción de ganado a la ciudad de Valladolid tuvo dos formas elementales: por un lado, la que recayó en manos de un solo introductor y que representó la de mayor volumen y valor, y, por otro lado, la que efectuó una enorme cantidad de pequeños comerciantes, realizada de manera menuda y cotidiana en cantidades que no superaban las diez cabezas (Silva, 2017, pp. 67-68). En ese contexto, en el que los Ayuntamientos delegaban a los particulares el abasto del ganado, los grandes hacendados tenían ventajas en la negociación con los Ayuntamientos para hacerse del derecho de introducción, concentrando un alto porcentaje de la carne consumida (Van Young, 1989, pp. 60-65).

Un siglo después, en el contexto de un abasto liberalizado, las formas de introducción de ganado no se habían modificado sustancialmente; sin embargo, la demanda sí lo había hecho con un aumento que resulta evidente en prácticamente todo el país. Con lo anterior, los introductores de grandes volúmenes de ganado se multiplicaron, pero a la vez lo hicieron los que de manera esporádica llevaban algún animal para el sacrificio, además de que se hizo más frecuente la intervención de los intermediarios, que se había venido dando en el caso de varios alimentos desde la liberalización del abasto, como ha evidenciado Moncada para la Ciudad de México (2013).

En el caso moreliano, los introductores que efectuaron los mayores ingresos tenían convenios de compra de animales en espacios específicos y constantemente estaban en la búsqueda de ganado por diversos rumbos para negociar y concretar transacciones que les permitieran llevar el mayor número posible de animales al Rastro Municipal. Otros, con un número de ingresos más limitado, ocasionalmente llevaban algunos animales que criaban en haciendas de

su propiedad. Algunos más, con introducciones mucho más discretas o únicas, recurrían a la cría de algún animal cuya venta les permitiera sortear las dificultades cotidianas. Lo que queda claro es que, pese a que la liberalización permitía que cualquiera que deseara introducir ganado a la ciudad pudiera hacerlo, el mayor porcentaje de las introducciones recaía en los grandes introductores que las más de las veces eran hacendados. Para el caso de Aguascalientes, Martínez (2017b), encuentra que estos grandes hacendados dominaron la introducción de ganado a la ciudad hasta finales del siglo XIX e incluso unas décadas más, pero su predominio se fue diluyendo al avanzar el siglo XX (p. 345).

Para muchos hombres dedicados a este negocio, no era extraño dirigirse a diferentes puntos del estado y del país para conseguir animales y trasladarlos a diferentes ciudades. Un ejemplo de negocios que implicaban la búsqueda de ganado durante el siglo XIX se encuentra en el testimonio de Bernabé Loyola (2002), quien describe una serie de dificultades para el traslado de animales luego de que discurriera «ir a Zamora o adelante a traer vacas paridas para venderlas en México, o establecer una ordeña. A comprar toros para poner un coleadero como especulación...» (p. 37). Loyola deja ver, por un lado, que el occidente del estado seguía siendo un importante exportador de ganado para su traslado al centro del país, y por otro, que quienes tuvieran el interés de comerciar con ganado en grandes volúmenes tenían que buscar los lugares que produjeran en esa proporción.

De acuerdo con los registros de 1892, el Rastro Municipal de Morelia recibió ganado mayor de 204 introductores, de los cuales uno solo ingresó el 25 % del total de animales que fueron sacrificados durante todo el año, mientras que, en conjunto, los tres mayores introductores alcanzaron más del 60 % del total de los animales que ingresaron al Rastro, por lo tanto, el otro 40 % quedó en manos de más de 200 negociantes. En tanto, si consideramos la procedencia, la Tierra Caliente fue el sitio del que más personas llevaron animales a la casa del abasto, en total fueron 40, mientras que de sitios como Atécuaro, Irapeo y Jesús del Monte, todos cercanos a la capital michoacana, concurrieron más de 20 introductores de ganado. Los principales sitios de origen e introductores para el año referido se pueden apreciar en la Tabla 3.

Tabla 3. Introdutores y procedencias del ganado al Rastro de Morelia, 1892

Nombre	Lugar		Tierra Caliente	Zipime	Copandaro	La Sierra	El Calvario	Atécuaro	El Colegio	El Cuatro	El Rincón	Izcuaru	Uruétaro	Irapue	La Huerta	Otros	Total
	Nombre	Apellido															
Antonio García			1385	247			112	1	7	60	27	4			39	161	2043
Rafael Rangel			1257			34		12	19	40		6			1	144	1513
Silvestre Gurerrero			746	318			8		8				94	8		191	1373
Felipe Morelos			570			4									5	45	624
Sacramento García			436						29							26	491
Vicente Hurtado			173			1			7		41					32	254
Luciano Resendis			22			15		51			5	5		21	4	86	209
Silviano Silva			79			2		3							1	59	144
José Sánchez			35			7	2		3		18			7		42	114
Ep° Morelos			83			3										27	113
J. Uribe			32			2		7	2			10	1	7	1	47	109
Bartolo Meza			46	14					25		5					18	108
Máximo Morelos			97														97
Agustín Ávalos			38	3		6			5	2		1		3	2	31	91
José Cortés								7				1		3		67	78
Porfirio Gómez			16	10		1		9				1				34	71
Ángel Calderón												55					55
Otros			151		2	55	3	29	7		5	18	1	44	13	325	653
Total			5166	345	249	130	125	119	112	102	101	101	96	93	66	1335	8140

Nota. Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), Libro número 245, Abasto de ganado mayor y menor, años 1891-1894.

La Tabla 3 evidencia nuevamente la primacía de la Tierra Caliente como proveedora, pero pone en perspectiva a los hombres que hacían posibles los ingresos de ganado. El más importante de todos por el volumen de sus introducciones es Antonio García, quien introdujo 2043 animales de 21 procedencias distintas a lo largo del año; le sigue Rafael Rangel, con 1513 cabezas de 24 sitios de origen, y les sucede Silvestre Guerrero con 1373 de 19 lugares diferentes. Estos personajes y algunos otros entablaban negocios con productores de muy diversos lugares y concretaban negocios para adquirir el ganado de donde fuese posible y trasladarlo hasta la capital estatal. Los introductores nombrados líneas arriba adquirirían el ganado en grandes volúmenes y lo ingresaban al rastro según la demanda diaria; algunos otros lo adquirirían en menores volúmenes, pero recurriendo a una mayor diversidad de lugares como es el caso de Luciano Resendis, quien llevó ganado de 30 lugares diferentes durante el año y J. Uribe, quien lo trasladó desde 26 sitios. Aunque con una variación significativa respecto a las cantidades de animales introducidas, todo este grupo puede considerarse dentro de los grandes introductores de ganado mayor para la matanza.

Con los datos anteriores es posible apreciar que aunque entre los principales introductores el lugar de origen de la mayoría de los animales era el mismo para todos, había otros sitios «secundarios» de donde cada uno extraía ganado casi exclusivamente. Por ejemplo, Antonio García acaparó casi la totalidad de los ingresos provenientes de la hacienda de Copándaro, mismos que realizó solo durante dos meses, justo antes de volver a introducir las acostumbradas y elevadas cantidades diarias de la Tierra Caliente; o Silvestre Guerrero, que prácticamente acaparó los animales de Zipimeo y Uruétaro. Llamen la atención personajes como Máximo Morelos o Ángel Calderón que introdujeron ganado de un solo sitio de origen, pero en cantidades que pueden resultar significativas. En el caso del primero, solo introdujo animales de la Tierra Caliente y lo hizo en los últimos dos meses del año, cuando más adecuada era la entrada de aquella zona, y en el caso del segundo, quien era dueño de una fracción de la hacienda de Itzícuaru, la procedencia era justamente dicha hacienda. Ese fue el mismo caso de Gregorio Patiño, que llevó unas cuantas cabezas desde una hacienda de su propiedad, Los Ejidos (*Catálogo*, 1892, s. p.), en los meses que menores ingresos había.

El papel de algunos de estos personajes iba más allá de la introducción del ganado a la capital del estado, muchos de ellos eran comerciantes de otros varios productos y concretaban ventas diversas con personajes del estado y de otros estados. Por ejemplo, para la última década del siglo, Antonio y Sacramento García concretaron ventas de cientos de cabezas con el dueño de la hacienda Tariácuri, localizada en el municipio de Zacapu, distrito de Pátzcuaro; en tanto que otros como Silvestre Guerrero con frecuencia realizaba transacciones de compra y venta de maíz, trigo y otros productos, además de que las pieles eran objeto de reiteradas transacciones entre los introductores de ganado.⁷

Más allá de los introductores principales y los personajes que es posible identificar porque figuran como propietarios en algún registro o porque sus nombres aparecen reiteradamente en diversas fuentes, existen decenas de personas que de manera poco frecuente llevaban algún animal para su venta. En ese sentido, se identificaron 173 personas que introdujeron menos de diez cabezas durante el año, de las cuales al menos 60 llevaron un único animal, es decir, el 85 % de los introductores llevaron menos de diez cabezas y alrededor del 30 % llevaron solo una. Lo más común en este último caso con los animales con lugares de origen identificados como ranchos cercanos al área urbana. Sin embargo, aunque su papel era importante para completar los requerimientos de ganado de la ciudad, como en otras ciudades, seguían siendo los grandes introductores los que sostenían el aprovisionamiento de ganado mayor durante todo el año. Incluso son estos mismos los que figuran en varios casos como introductores de algunos de los escasos animales que registraron a la propia ciudad de Morelia como lugar de origen.

⁷ Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo de Mariano Laris Contreras, Morelia, 19 de agosto de 1899, escritura 133, f. 155. Protocolo de Mariano Laris, Morelia 8 de junio de 1898, escritura 111, f. 156. Protocolo de Mariano Ramón Huerta, Morelia, 9 de enero 1897, escritura 7, f. 14. Protocolo Mariano Laris Contreras, Morelia, 9 de diciembre de 1895, escritura 157, f. 231.

Conclusiones

Para finales del siglo XIX la ciudad de Morelia era el más importante centro de consumo del estado de Michoacán y aunque los productos básicos que consumían sus habitantes llegaban de muy diversas procedencias, en el caso de la carne de res obtenida en el Rastro Municipal, la procedencia del ganado tenía orígenes relativamente acotados, particularmente se restringía a los animales provenientes del esquema rancharo hacendario próximo a la ciudad y, en mucha mayor medida, de Tierra Caliente. En ciertos momentos del año también se recurría a las unidades productivas de los distritos vecinos al moreliano, como Pátzcuaro, Puruándiro y Zinapécuaro.

En el caso de la carne de res, el abasto se concretaba con la articulación de diferentes escalas espaciales, en primer lugar, había una modesta y casi imperceptible aportación del ganado criado dentro de los límites de la ciudad. En segundo lugar, se articulaba una escala regional constituida por el esquema rancharo hacendario de las zonas cercanas a la ciudad, específica y principalmente del propio municipio moreliano, pero de los municipios más cercanos como pueden ser Tarímbaro y Acuitzio. En ambos casos se trata de jurisdicciones colindantes que natural y tradicionalmente se habían constituido como parte del entorno agropecuario de la ciudad y proveedoras esenciales de los productos agropecuarios. Esta segunda escala espacial de la región Morelia puede ser entendida como una unidad en la que se producen y desarrollan intercambios constantes que permiten la mutua subsistencia.

Al tratarse de un centro de consumo que por sí mismo produce insumos apenas simbólicos en referencia a las necesidades y la demanda urbana, Morelia cuenta con una región circundante le provee una parte importante de lo que los habitantes urbanos requieren y demandan para la subsistencia, pero este también resulta insuficiente. En el caso del ganado mayor necesario para la obtención de carne de res, resulta fundamental el abastecimiento de otras regiones del estado, en este caso de la Tierra Caliente, cuya vocación productiva la convierte en un exportador natural de productos agropecuarios que para finales del siglo XIX alcanzaron lugares muy lejanos.

La llegada constante de productos de aquella región de Michoacán representa la vinculación extrarregional que permite a la ciudad cubrir la demanda de ganado y, consecuentemente, la de uno de los alimentos de mayor consumo. Lejos de ser un proveedor secundario, la Tierra Caliente se consolidó como el principal abastecedor de ganado, ya que en 1892 aportó más del 63 % de los animales sacrificados en el Rastro.

Los que sí podrían considerarse como proveedores secundarios son los espacios que en ciertas circunstancias proveían ganado a la ciudad, como los de los distritos de Pátzcuaro, Puruándiro y Zinapécuaro, que funcionaban como espacios de aprovisionamiento eventual en los periodos del año en los que el traslado de ganado de la Tierra Caliente era más complicado. Estos espacios más alejados no eran constantes, pero eventualmente, en ciertos momentos del año, se recurría a haciendas que, por lo general, tenían una amplia producción ganadera y permitían completar los requerimientos urbanos.

En esas circunstancias, las personas introductoras de ganado jugaban un papel fundamental, pues eran ellas las que concretaban las transacciones para llevar los hatos de ganado desde sus lugares de origen y, en su caso, emprender la búsqueda de nuevos espacios productivos que sirvieran como proveedores. En ese sentido, la actividad de los introductores recaía en un grupo reducido de hombres que introducían una gran parte del ganado, mientras que un grupo amplio realizaba ingresos menores que, en conjunto, podía ser significativo, pero quedaba lejos de los volúmenes que movilizaban los principales introductores.

Otro elemento a tener en cuenta en el proceso de abasto de ganado mayor son las variaciones estacionales, ya que las condiciones ofrecidas por la temporada de lluvia marcaban los periodos que podían ser adecuados para los traslados de ciertos lugares como en el caso de la Tierra Caliente, de donde los hatos eran llevados hacia la capital del estado y otros destinos al concluir la temporada de lluvias, cuando el ganado estaba mejor provisto físicamente y el entorno del trayecto podía proveer agua y pastos para la alimentación.

Así, en función de los ciclos naturales, la posibilidad de proveer ganado podía limitarse en algunos espacios y, para resolver las necesidades de los habitantes urbanos, la intervención de un grupo de personas que buscaban

los sitios de producción ganadera era fundamental para lograr la articulación de diferentes espacios para proveer el ganado necesario, ya fuera en distintos momentos del año o simultáneamente, según lo demandasen los habitantes urbanos. En consecuencia, resulta tan trascendente la integración del centro de consumo con su propia región productora, como la relación que entabla con otras regiones de diferente vocación productiva.

Referencias

Archivos

- AHMM, Fondo Independiente I, Morelia, 1 de octubre de 1883, caja 89, expediente 11.
- Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), Libro número 202, *Abasto*, años 1870-1871.
- Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), Libro número 204, *Abasto*, año 1871; Libro número 208, *Ganado*, 1871.
- Archivo Histórico Municipal de Morelia (AHMM), Libro número 245, *Abasto de ganado mayor y menor*, años 1891-1894.
- Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo de Mariano Laris Contreras, Morelia, 22 de enero de 1896, escritura 14, f. 18.
- Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo de Manuel Ibarrola, Morelia, 19 de marzo de 1896, escritura 16, f. 22.
- Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo de Mariano Laris Contreras, Morelia, 7 de junio 1897, escritura 71, f. 95.
- Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo Mariano Laris Contreras, Morelia, 13 de julio de 1897, escritura 89, f. 121.
- Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo de Mariano Laris Contreras, Morelia, 19 de agosto de 1899, escritura 133, f. 155.
- Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo de Mariano Laris, Morelia 8 de junio de 1898, escritura 111, f. 156.
- Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo de Mariano Ramón Huerta, Morelia, 9 de enero 1897, escritura 7, f. 14.
- Archivo General de Notarías de Michoacán (AGNM), Protocolo Mariano Laris Contreras, Morelia, 9 de diciembre de 1895, escritura 157, f. 231.

Bibliografía

- Ayala, A. (2020). *Del mercado a la mesa. Consumo de alimentos en Morelia durante el porfiriato* (tesis de maestría inédita). México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Barret, W. (2009). El abasto de carne en Cuernavaca durante la época colonial, en E. Quiroz. (comp.), *Consumo e historia. Una antología*. 188-221. México: Instituto Mora.
- Catálogo que manifiesta la ganadería del estado del estado de Michoacán de Ocampo*. (1892). En *Memoria sobre la administración del Estado de Michoacán de Ocampo*. México: Imprenta del gobierno a cargo de José R. Bravo.
- Cortés, J. (1999). *El valle de Tarímbaro. Economía y sociedad en el siglo XIX*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Escrache, J. (1861). *Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia*. Francia: Librería de Rosa y Bouret.
- Esponda, J. M. (1888). *Manual práctico del nuevo ganadero mexicano*. México: Secretaría de Fomento.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2023). *Evolución histórica de los municipios de México de 1810 a 2020*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- Léonard, E. (1995). *Una historia de vacas y golondrinas. Ganaderos y campesinos temporeros del Trópico Seco Mexicano*. México: El Colegio de Michoacán, Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération, Fondo de Cultura Económica.
- Loyola, B. (2002). Un lazo provechoso. En F. Teixidor (comp.). *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX)*. 35-41. México: Porrúa.
- Lopes, M. A., (2003). Circuitos comerciales de la ganadería en el norte de México. Algunas líneas de investigación. *América Latina en la Historia Económica*. 99-112.
- Lopes, M. A. (2011). «Que se cumplan los sagrados principios de la Revolución»: cambio y continuidad en las políticas de abasto de carne en la Ciudad de México. *Historia Mexicana* LX(240). 2111-2155.

- Martínez, G. (2017). *La experiencia urbana. Aguascalientes y su abasto en el siglo xx*. México: Instituto Mora, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Universidad de Guanajuato.
- Martínez, G. (2017). Abasto urbano y redes de negocios a gran escala. Circuitos de producción, comercialización y consumo de carne para la ciudad de Aguascalientes en el siglo xx. En E. Quiroz (coord.), *Integración y desintegración del espacio económico mexicano. Mercado interno y abastecimiento de las carnes desde la Colonia al siglo xx*. 331-368. México: Instituto Mora.
- Moncada, G. (2013). *La libertad comercial: el sistema de abasto de alimentos en la ciudad de México, 1810-1835*. México: Instituto Mora.
- Morin, C. (1979). *Michoacán en la nueva España del siglo XVIII. Crecimiento y desigualdad en una economía colonial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ochoa, A. y Sánchez, G. (2011). *Historia breve de Michoacán*. México: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México.
- Olveda, J. (2000). *Abasto, religión y empresarios*. México: El Colegio de Jalisco.
- Quiroz, E. (2002). Fuentes para el estudio de los comerciantes de la carne en la Ciudad de México, siglo XVIII. *América Latina en la Historia Económica*. 89-101.
- Quiroz, E. (2005). *Entre el lujo y la subsistencia. Mercado, abastecimiento y precios de la carne en la Ciudad de México, 1750-1812*. México: El Colegio de México, Instituto Mora.
- Quiroz, E. (2017). *Integración y desintegración del espacio económico mexicano. Mercado interno y abastecimiento de carnes desde la colonia hasta el siglo xx*. México: Instituto Mora, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Rivera, M. (1985). *México pintoresco, artístico y monumental*. México: Valle de México, edición facsimilar, Tomo III.
- Silva, J. y Garrido, M. J. (2017). La ciudad y su entorno agropecuario. Formas de abasto al mercado de Valladolid (1793-1800). En E. Quiroz (coord.), *Integración y desintegración del espacio económico mexicano. Mercado*

interno y abastecimiento de las carnes desde la Colonia al siglo XX. 45-80. México: Instituto Mora.

Sánchez, G. (1989). Las crisis agrícolas y la carestía del maíz. 1886-1910. En E. Florescano (coord.). *Historia General de Michoacán*, vol. 3. 251-265. México: Gobierno de Michoacán.

Serrera, R. (1991). *Guadalajara ganadera. Estudio regional novohispano (1760-1805)*. México: Ayuntamiento de Guadalajara.

Soria, F. (2017). Dos mercados de la carne en el siglo XVIII: Santiago de Querétaro y Valladolid de Michoacán. En E. Quiroz (coord.), *Integración y desintegración del espacio económico mexicano. Mercado interno y abastecimiento de las carnes desde la Colonia al siglo XX.* 81-149. México: Instituto Mora.

Torres, I. (2011). *Familias y extranjeros en la Tierra Caliente del Balsas. El caso de los comerciantes vascos y barcelonettes 1863-1915* (tesis de maestría inédita). México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Van Young, E. (1989). *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*. México: Fondo de Cultura Económica.

Vargas, G. (2006). Estudio cartográfico de Guillermo Vargas Uribe. En A. L. Velasco, *Geografía y estadística del estado de Michoacán de Ocampo. Edición facsimilar de la de 1895.* XXXI-LXIX. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán.

Lopes, M. A. (2011). «Que se cumplan los sagrados principios de la Revolución»: cambio y continuidad en las políticas de abasto de carne en la Ciudad de México. *Historia Mexicana* LX(240). 2111-2155.

Hemerografía

Importancia de la red de ferrocarriles en Michoacán. (13 de septiembre de 1878). *La Paz. Periódico Oficial del Estado Libre y Soberano de Michoacán de Ocampo*, pp. 2-3.